

## LA MINORIA ESTREPITOSA

**E**N el casino de mi pueblo unido se establece al caer la tarde, en el crepúsculo de las fantasmagorías, las tertulias. Unas tertulias que, mal **comparao**, vienen a ser como las coaliciones electorales, pero en dimensión agropecuaria. Y para que ustedes aten cabos, resulta que la que más bulla viene metiendo últimamente es una donde apenas se juntan cinco, presidida por uno que también le dicen Manolo. Una verdadera tabarra que no deja que los demás sigan, cada uno en su corro, la conversa sosegada, ni que jueguen la partida sin tener que enterarse de lo que no les importa, ni a ellos ni prácticamente a nadie, que son los mareos de la tertulia de los cinco.

La otra tarde, sin ir más lejos, el Crisanto, del que creo haber dejado claro en alguna ocasión que es una mala bestia, no pudo más y se fue y dijo:

—Que digo yo que ya están bien, señor Manolo; que, como decía un anuncio, nunca tanto ha **resultao** tan poco, **uséase**, que nunca se ha **formao** tanto ruido **pa** cinco nueces.

Y el aludido, que se aludía por nada, fue y contestó:

—Aquí todos contamos lo mismo, porque, si supiera usted lo que yo sé, que es una barbaridad, se daría usted cuenta de que todas las tertulias son minoritarias y, por consiguiente, todas las minorías pueden hacer el ruido que les plazca con el mismo derecho. Porque si los socios del casino somos cien, yo, que no tiene usted idea de lo que sé, le digo que mientras no

Por José Luis HERRERA

haya una tertulia de 51, aquí no hay mayoría y aquí chilló yo porque puedo y porque una vez gané un concurso de sardanas en Corcubión.

Por el aire, pelmazo y tormentoso, dio una pasada el abejorro de todas las tardes, al que Crisanto, con la peor uva del mundo, llamaba «la Loqui», nombre —según él— de una fábrica de aeroplanos americana que tenía tela.

y fue el Crisanto y dijo:

—Así que a usted, señor Manolo, lo mismo le dan cinco que cuarenta y siete, vamos, por poner una cifra... Lo cual que menos mal que no se ha metido usted a zapatero, porque si no, ¡ja de Dios! Porque digo yo que sin un bajito calzara, un suponer, el cinco, ya me diría usted qué como iba a hacer con unas barcazas del cuarenta y siete. Y a la **viceinversa**... Vamos, que daría gusto ver al bajito dándose un garbeo por dentro de los zapatos, o al pinreles con el zapato puesto y **anudao** en el dedo gordo del pie, con perdón. Digo, y con el permiso de usted, señor Manolo, que tocante a saber dicen que acabó usted con el Rey don Alfonso, el de la condecoración, en la partida siete, de la que no volvió para no hacer el Inri. Y no va a competir con usted aquí uno en su modestia.

«La Loqui» se había posado, cínicamente, en el aspa del ventilador, que no se enchufaba desde que se clausuró el último año santo del des-

arrollo, aunque —la verdad sea dicha— cuando le enchufaban daba vueltas despacito y, como las aspas eran de color butano fluorescente, hacía la mar de bien; pero, en cuestión de dar aire, menos que un estornudo. Y entonces fue el señor Manolo y se calentó y aquello sí que era un ventilador con la directa metida, sino que apenas se le entendía una bendita palabra de lo que decía, referente a que de minorías él sabía más que nadie, porque nadie había estudiado más de minorías, ni se había examinado tanto de minorías, ni había sacado tantas matrículas de honor en minorías, y no le iban a enseñar ahora de minorías a él, con la historia de las aparentes diferencias porcentuales, que no eran más que una argucia del sistema proporcional manipulado por la garra del osc moscovita; porque, para minorías, él...

—Y usted que lo diga, señor Manolo —espató el animal de Crisanto—. Porque de lo que se come se cría. Y usted, en tocante a minorías, es más menor que los frailes de San Francisco, con perdón del cordón...

La cosa es que me contaron que el señor Manolo se quitó la chaqueta y se fue para el Crisanto. Pero, por fortuna para él, para el señor Manolo se entiende, «la Loqui» se marcó un despegue seguido de un doble tirabuzón de esos que no los mejora un centrocampista oriundo, y todos se quedaron mirándola. Y digo que por fortuna para el señor Manolo, porque el Crisanto era como el Naranja de Bulnes. Sin contar con que los de su tertulia eran 47. Palabra.